La revolución en Turquía y las tareas del proletariado

León Trotsky

17 de diciembre de 1908

(Versión al castellano desde "La révolution en Turquie et les tâches du prolétariat", en Marxistes-Léon Trotsky, publicado en *Pravda* número 2, 17 de diciembre de 1908)

I

La revolución rusa [de 1905] tuvo ecos en lugares alejados de las fronteras de Rusia. En Europa occidental, provocó un desarrollo tumultuoso del movimiento proletario. Pero también atrajo a los países de Asia a la actividad política. En Persia, en las fronteras del Cáucaso, y bajo la influencia directa de los acontecimientos en Rusia, se ha iniciado una lucha revolucionaria que, bajo diversas formas, ha durado más de dos años. En China, en la India, en todas partes las masas se levantan contra sus propios tiranos y los expoliadores europeos (capitalistas, misioneros) que no sólo explotan al proletariado de Europa, sino que también saquean a los pueblos de Asia. La repercusión más reciente de la revolución rusa es la revolución que tuvo lugar este verano en Turquía.

Turquía está situada en la península de los Balcanes, en el extremo sureste de Europa. Desde tiempos inmemoriales, este país ha simbolizado el estancamiento, el inmovilismo y el despotismo. En este sentido, el sultán de Constantinopla no es en absoluto inferior a su hermano de San Petersburgo, es más, lo supera. Poblaciones de diferentes razas y religiones (eslavos, armenios, griegos) fueron objeto de persecuciones diabólicas. Pero el propio pueblo del sultán (los musulmanes turcos) no vivía en la felicidad. Los campesinos estaban prácticamente esclavizados por los agentes de la administración y los terratenientes. Eran pobres, ignorantes, sujetos a la superstición. Había pocas escuelas. Toda una serie de medidas adoptadas por el gobierno del sultán (que temía el crecimiento del proletariado) obstaculizaron la construcción de fábricas. Los espías estaban por todas partes. El despilfarro y la malversación de fondos practicados por la burocracia del sultán (al igual que la del zar) no tenían límites. Todo esto iba a conducir a la completa decadencia del estado. Los gobiernos capitalistas de Europa rodearon a Turquía como perros hambrientos, dispuestos a competir por su botín. Y el sultán Abdul Hamid siguió acumulando deudas, cuyo pago desangró a sus súbditos. El descontento del pueblo había crecido durante mucho tiempo, y bajo el impacto de los acontecimientos en Rusia y Persia, ahora se manifestaba abiertamente.

En Rusia, fue el proletariado el que se erigió en el principal luchador de la revolución. En Turquía, como he indicado anteriormente, la industria sólo existía en forma embrionaria, por lo que el proletariado es débil y numéricamente pequeño. Los elementos más capacitados de la intelectualidad turca, profesores, ingenieros, etc., al encontrar pocas oportunidades de ejercer su talento en las escuelas o fábricas, se convirtieron en funcionarios de carrera. Muchos de ellos estudiaron en Europa occidental y se familiarizaron con los regímenes de allí; al volver a Turquía, se encontraron con la ignorancia y la pobreza del soldado turco y la degradación del estado. Esto provocó resentimiento y el cuerpo de oficiales se convirtió en el foco de descontento y revuelta.

Cuando la revuelta estalló en julio de ese año (1908), el sultán se encontró prácticamente sin ejército. Una tras otra, las unidades militares se pasaron a la revolución. Los soldados ignorantes probablemente no entendieron el propósito del movimiento, pero su insatisfacción con sus condiciones de vida los llevó a seguir a sus oficiales. Los oficiales exigieron perentoriamente una constitución, amenazando con derrocar al sultán

si no se aceptaba esta demanda. A Abdul Hamid sólo le quedaba ceder. Concedió una constitución (los sultanes siempre hacen esos gestos cuando tienen la punta de un cuchillo en la garganta), formó un gobierno de personalidades liberales y avanzó hacia la celebración de elecciones a un parlamento. Todo el país se vio envuelto en una gran actividad. Se celebraron reuniones unas tras otras. Los nuevos periódicos se publicaron en número acrecido. Como despertado por un trueno, el joven proletariado se puso en movimiento. Estallaron huelgas, se crearon organizaciones de trabajadores. En Salónica se lanza el primer periódico socialista.

En el momento de escribir estas líneas, el parlamento turco ya se ha reunido, con una mayoría de "jóvenes turcos" reformistas. El futuro próximo nos dirá cuál será el destino de esta "duma" turca.

II

La impotente Turquía del viejo orden fue destrozada por los estados capitalistas. Austria ya se había apoderado de dos provincias (Bosnia y Herzegovina pobladas por serbios) hace treinta años.

En el lenguaje codificado del bandolerismo diplomático, este acto de saqueo se denomina "ocupación", es decir, toma temporal de estas provincias. Pero hace ya tres décadas que Austria mantiene un dominio indiviso sobre estas posesiones.

Cuando Turquía se sacudió el despotismo del sultán y el pueblo turco se hizo cargo de sus propios asuntos, los tiburones europeos se preocuparon. Los turcos, al haber fortalecido el estado, podrían exigir la devolución de algunos de los territorios. Austria se apresuró a proclamar que su "ocupación" era ahora una "anexión", es decir, una adquisición definitiva por su parte de los territorios en cuestión. De hecho, nada cambió, ya que Bosnia y Herzegovina ya estaba en manos de Austria. Sin embargo, los turcos protestaron y exigieron una compensación. Los gobiernos turco y austriaco están negociando este asunto.

Sin embargo, lo que nos interesa no son estas negociaciones en sí mismas, sino los gritos y la furia provocados en el seno de los partidos burgueses rusos (y en primer lugar de los kadetes) por esta anexión.

"*Bosnia está poblada por serbios, los serbios siendo eslavos, son nuestros hermanos. En consecuencia, el gobierno ruso debe tomar sin demora medidas para liberar a Bosnia, que ahora es prisionera de Austria*". Esta es la reivindicación que hacen los kadetes y que repiten en todas sus reuniones y en la prensa.

Los socialdemócratas debemos oponernos firmemente a esta absurda y peligrosa agitación. Pensemos por un momento, los liberales proponen que el gobierno del zar libere a los eslavos de la península balcánica. Pero ¿no hay eslavos más cercanos a Rusia que deben ser liberados del yugo zarista? Los polacos también son "eslavos". Sin embargo, su destino bajo el talón de la autocracia es incomparablemente peor que el de los serbios bajo el dominio austriaco.

Polacos y ucranianos, bielorrusos y judíos, armenios y georgianos, eslavos y no eslavos, todos caminamos sobre la sangre derramada diariamente por la banda zarista. Y los liberales piden a este gobierno, el más culpable de todos, que arranque a los serbios de las garras austriacas. ¿Con qué fin? Para que el zar pueda estrangularlos con sus manos aún más sangrientas.

El proletariado de Rusia no puede apelar a los Romanov para luchar contra Austria porque ni Austria es nuestro enemigo ni los Romanov son nuestros amigos.

En Austria, al igual que el pueblo serbio, tenemos un aliado en el que podemos confiar: el proletariado austriaco. Está inmerso en una lucha a muerte contra su propio gobierno. Por nuestra parte, no podemos reforzar el gobierno zarista en nombre de la

lucha contra Austria, no debemos suministrarle reclutas, no debemos votar su presupuesto y sus préstamos como hacen los kadetes traidores o la duma, sino que, por el contrario, debemos debilitar este régimen en todos los sentidos hasta que podamos derribarlo.

La autocracia rusa es el enemigo jurado de los pueblos libres del mundo. Recientemente, el coronel zarista Lyajov se aseguró personalmente de la dislocación de los majlis (el parlamento persa) y a la primera oportunidad favorable el gobierno zarista intentará sin duda golpear a la nueva Turquía.

Por eso nuestra lucha contra el zarismo tiene un alcance mundial. El mejor servicio que podemos prestar a los serbios de Bosnia y a todos los pueblos oprimidos será arrancar la corona de la cabeza de Nicolás II. No podemos dar el más mínimo apoyo a las bayonetas zaristas, bayonetas manchadas con nuestra propia sangre.

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

germinal_1917@yahoo.es